

monios egregios en la Iglesia Universal de otras tradiciones diversas de la latina. Su identidad propia, su legítima diversidad, son una muestra de la «catolicidad» de la Iglesia de Jesucristo. A la vez, la valoración de sus tradiciones predispone al aprecio por sus Iglesias hermanas en la común tradición oriental, de las que todavía permanecemos separados, aunque es mucho lo que ya nos une.

La obra se divide en tres partes. La primera parte informa del origen e historia de las Iglesias orientales en general, las primeras escisiones de los siglos IV y V, y la gran ruptura del Oriente y el Occidente latino en el s. XI. La segunda parte entra ya en la descripción de las Iglesias orientales católicas, ordenadas según las tradiciones alejandrina, antioquena, armenia, caldea y bizantina, y con datos actualizados sobre fieles, jurisdicciones, etc. Añade el autor unas reflexiones sobre el significado de la existencia y vida de estas Iglesias en la actualidad. Termina con una información sobre su presencia en España. La tercera parte se dedica al «patrimonio» litúrgico, teológico, espiritual y canónico de estas Iglesias. Cierran el libro unos apéndices documentales, una breve bibliografía, y un árbol genealógico que gráficamente representa el origen y carácter de cada una de estas Iglesias.

El libro logra bien su pretensión de informar y ofrecer los datos fundamentales sobre las Iglesias católicas orientales. Es una buena introducción para una primera iniciación en el tema. Y, en fin, llena una laguna en la bibliografía de lengua castellana, puesto que los libros —pocos— que se ocupaban de estas Iglesias están hoy agotados, o bien necesitarían una buena actualización.

José R. Villar

Juan ESQUERDA BIFET, *El cristianismo y las religiones de los pueblos. Jesucristo, luz de las naciones*, BAC, Madrid 1997, 132 pp., 14 x 20,5, ISBN 84-7914-300-2.

La conciencia del inminente comienzo del III Milenio cristiano mueve al Autor a pasear su mirada por las masas de personas que aún no conocen a Cristo —especialmente en el continente asiático—, viendo en ellas un reto que el espíritu propone a la Iglesia de Cristo: «Vivimos en uno de los períodos mejores del cristianismo, pero no estamos a la altura de las circunstancias actuales, que son de trascendencia irrepetible y, tal vez, decisiva» (p. 11).

Para afrontar con éxito dicho reto es preciso estimular entre los fieles cristianos un renovado impulso misionero, que parta de un conocimiento más preciso del significado de las religiones no cristianas en la historia de la salvación. Tal es la finalidad que buscan los siete capítulos de este breve ensayo. Resulta significativo al respecto que cada uno de ellos aparezca rematado por un epígrafe titulado: «Lectura y estudio personal y en grupo», subdividido en diversas tesis que remiten a documentos del Magisterio eclesial y a la lectura de textos teológicos selectos.

Esquerda Bifet desarrolla en sus líneas más generales lo que debe ser una *teología católica de las religiones no cristianas*. Su punto de partida es el designio salvífico divino, que es decisivamente cristocéntrico —pues se realiza en la historia alrededor de Jesucristo, Dios Salvador encarnado— y pneumatológico —en cuanto la obra salvadora de Cristo se prolonga universalmente gracias al Espíritu Santo—. Por esta razón, «la peculiaridad de la experiencia de Dios que manifiestan las personas *sensibles* de cada religión (como es el caso de

los fundadores), no puede aplicarse a la peculiaridad que aparece en Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre» (p. 39).

La fe en Cristo es el principio de la humana salvación, en cuanto conduce a la Verdad sobre Dios Amor y a una real comunión trinitaria, deificante. Ninguna experiencia religiosa puede sustituirla.

Ahora bien, la fe cristiana conlleva un impulso hacia la unidad humana, tanto la unidad eclesial («unidad hacia dentro»), como unidad del género humano («unidad hacia fuera»).

La descripción de las religiones no cristianas está agudamente enfocada, en cuanto se las relaciona intrínsecamente con determinadas culturas. Con todo, el Autor no mide a veces suficientemente el alcance de algunas expresiones: «Toda cultura es peculiar, respetable (...). Toda religión, sin necesidad de perder ninguno de sus valores auténticos, se puede encuadrar en la historia de la salvación» (pp. 51-54); estas expresiones son ambiguas y claramente el Autor no pretende afirmar —como, sin embargo, hace Hick— que el canibalismo sea *respetable* ni tampoco que los sacrificios humanos formen parte de la *historia salutis* (este punto queda ampliamente aclarado en el cap. V). Esta cierta tensión entre la ambigüedad o falta de exactitud de algunas afirmaciones —«En sí mismas, todas las religiones son una experiencia de relación con Dios» (p. 100); «Cada religión propugna ser la única o la mejor» (p. 98)...— y la exposición precisa y certera de puntos de vista más sensatos y católicos al respecto, marca el ritmo de todo el libro.

Así, es muy acertado el criterio de discernimiento que se ofrece para determinar la autenticidad de una experiencia religiosa: «La humildad, disponibilidad de entrega, serenidad, paz, aprecio

hondo de la existencia de los hermanos»; igualmente lo es su corolario: «Si las reflexiones teológicas se convirtieran en un absoluto, se reducirían a meros ídolos» (p. 57).

Los cristianos tienen la misión de anunciar que Cristo es el único Salvador (cap. IV), teniendo en cuenta que la evangelización de gentes que provienen de antiguas religiones y culturas, debe ir acompañada de la necesaria inculturación. Jesús mismo nos dio ejemplo al respecto: «Sus parábolas y milagros dejan entrever su inserción vital y comprometida en la cultura de su pueblo y de su época, sin esclavizarse a la misma» (p. 81). La recta realización de esta inculturación —o su omisión— dependen de la personal responsabilidad de individuos singulares. En este sentido, el Autor hace una viva llamada a nuestra actual responsabilidad, al considerar cómo «en amplios sectores de Asia el cristianismo es una pequeña minoría, porque no ha llegado todavía a las raíces culturales de ese continente donde nació Jesús» (p. 84).

Dicha inculturación, para ser auténtica y fiel a su raíz trinitaria, debe estar marcada principalmente por el signo de la comunión entre personas diversas, y no por el de la diversidad individualista o particularista. Igualmente debe estar subordinada al Señorío de Cristo, ya que «el misterio de Cristo (del que la Iglesia es garante infalible) es siempre *más allá* de nuestras vivencias personales y comunitarias» (p. 115).

En la Conclusión de su libro, Esquerda Bifet explica cómo la Iglesia es el lugar de encuentro y convergencia al cual —según los planes divinos— tienden intrínsecamente todas las religiones: «llamar *lugar de encuentro* al cristianismo, que es la comunidad familiar creada por Jesús, no significa más que

remitirse al misterio de la Encarnación del Verbo», cuyo Cuerpo —la Iglesia— es la casa común de la humanidad (p. 125). Dicha Iglesia se siente urgida por Jesús «a realizar el *ya* de un encuentro con Cristo y con su Iglesia en esta tierra por parte de todos los pueblos y culturas» (p. 128).

José M. Odero

Rino FISICHELLA, *Quando la fede pensa*, Edizioni Piemme, Casale Monferrato 1997, 310 pp., 13 x 21, ISBN 88-384-2950-2.

Se recogen en este volumen 16 artículos del Autor sobre temas varios, aunque todos ellos están enfocados desde la mente teológica y filosófica del Prof. Rino Fisichella, que enseña Teología Fundamental en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.

De hecho el primer grupo de ensayos está dedicado a diversos aspectos de la naturaleza de la teología —tema que se toca también al final del libro—. Tras estos «Fundamentos», vienen otros escritos sobre temas teológicos diversos («El contexto»): secularismo, la Iglesia, María como imagen de la Iglesia, etc. Por último en «El escenario» se tratan temas como los signos de los tiempos, el sentido de autoridad eclesial, las revelaciones privadas y el diálogo entre filósofos y teólogos.

Fisichella subraya la necesidad eclesial de trabajar continuamente en el esclarecimiento de la credibilidad de la revelación cristiana, condición para que la teología sea respetada en el mundo de la cultura (p. 30).

Define la teología como «saber crítico acerca de la fe» (p. 34); hay que leer

el contexto para constatar que —como es usual en el ámbito teológico italiano, que sigue en esto al germánico— el adjetivo «crítico» es sinónimo de «científico»: riguroso, metódico, sistemático (p. 43).

Uno de estos ensayos versa sobre la teología de las religiones. Acertadamente denuncia la postura de quienes hablan de *teología* sin asumir el compromiso de contemplar el problema de las religiones desde la revelación cristiana; en realidad usan el término *teología* de modo ambiguo, equiparándolo a un mero «saber religioso» (pp. 51 s.). La revelación —concluye— asume ciertamente *forma* humana en Cristo, y así se liga en parte a una cierta cultura; pero «precisamente esta *forma* [de Cristo] hecha carne condensa en ella misma los rasgos de la universalidad, nada más y nada menos» (p. 60). Fisichella aplica sin duda a Cristo (aunque implícitamente) la categoría de *universal-concreto*, tan característica de su maestro Balthasar. La consecuencia de este principio es que «una teología de las religiones nunca podrá pensar que Cristo o la Iglesia son un obstáculo al diálogo interreligioso», pues la Iglesia participa igualmente de la universalidad de su Señor (pp. 60 s.).

Especialmente interesante entre los ensayos de la III Parte es el dedicado a determinar históricamente el sentido de la expresión *signos de los tiempos*, que Juan XXIII utilizaba en cuanto «señales que infunden esperanza acerca de los destinos de la Iglesia y de la humanidad» (p. 175). El Vaticano II la emplearía para señalar un criterio de discernimiento que Dios ofrece a su Iglesia para orientar su camino entre los hombres. En este contexto, nos permitimos discrepar de la propiedad del uso del término «anti-signos» que el Prof. Fisichella acepta y